



ÁNGEL GARCÍA SANZ _ LAUDATIO

por Vicente Pérez Moreda

No sé si habría aceptado el encargo de la AEHE, a finales del año pasado, de pronunciar esta “laudatio” con motivo del premio concedido a Ángel, de haber sabido que se iba a convertir en una necrológica, otra más, que habría de leer tan poco tiempo después de su desaparición. Ya por entonces sabíamos algunos la gravedad de su nueva enfermedad, pero esperábamos tal vez un raro milagro, o que su poderosa naturaleza resistiera hasta estas fechas de septiembre... Esos cálculos ilusorios se desvanecieron, al menos para mí, esta pasada primavera: cuando, tras unos breves días de aparente euforia, de engañosa recuperación, su estado de salud se precipitó rápidamente hacia el desenlace del pasado 18 de julio... ¡Vaya fecha, por cierto! Al menos la recordaremos recordándole a él, y a su historia, y no a otras historias o efemérides, a partir de ahora....

Naturalmente, se agolpan los recuerdos y no puedo evitar mencionar algunos, sobre todo aquellos que tienen que ver con la vocación y el destino del historiador que fue Ángel. Ya éramos amigos desde tiempo atrás, y la amistad segoviana se acentuó con nuestro paso por las aulas salmantinas. Él ya era ayudante, preparaba su tesis doctoral bajo la dirección de Gonzalo Anes en la Facultad de Económicas de Somosaguas. Yo seguía estudiando en Salamanca, y era, debía de ser, el verano del año 1971, porque aún me faltaba un curso para terminar la carrera y debía ir pensando en redactar mi tesina (*“Memoria de Licenciatura”*). Como sus obligaciones docentes eran pocas, o ninguna, estaba volcado en los archivos, el de Simancas, y sobre todo en los archivos segovianos, y redactando su tesis, que me daba a leer por entregas y que comentábamos durante horas interminables. Su obsesión por el rigor estadístico, y por la objetividad del dato cuantitativo, le obligaba a reconstruir largas series de producción –diezmos– y de población. Como yo debía ir preparando mi tesina, estableció una peculiar “división del trabajo” en la que a mí me tocaba preferentemente el vaciado de los fondos parroquiales de bautismos o defunciones, mientras él se dedicaba a reconstruir las cifras anuales de los diezmos (los del archivo de la catedral y los de los libros de tasmías locales, de los archivos parroquiales, que visitábamos durante largas jornadas estivales en esos años -y que en los últimos tiempos hemos vuelto a visitar, esta vez en las fechas navideñas-). Como ya he dicho en otras ocasiones, fue él quien decidió así mi “especialización” en demografía, de acuerdo también con el parecer de

nuestro amigo común, otro investigador de los archivos segovianos por esos años, Jean-Paul Le Flem, secretario entonces de la Casa de Velázquez.

Estas experiencias en los archivos y nuestras vocaciones se consolidaron cuando decidimos emprender un estudio local: población y producción agraria (diezmo del cereal), y sobre todo ganadera (diezmos de la lana) en el principal núcleo rural, en el siglo XVI, de la provincia: Villacastín. Nos desplazamos durante varias semanas, días enteros, a los archivos de la localidad, en su Seat 600, pues se trataba de presentar un trabajo en la Celebración del Día de la Provincia, cosa que logramos hacer, en competencia con otros aspirantes, algunas plumas literarias de cierto renombre por aquellos tiempos, entre ellas la del Sr. Delegado Provincial de Educación, para quien estaban reservados los honores del premio, según todos los pronósticos; pero que cosechó un sonoro fracaso, porque el premio, que iba acompañado de un bonito sobre (10,000 pesetas, nada menos...!) y de la publicación del trabajo en *Estudios Segovianos*, nos lo llevamos nosotros. Estaba claro, pues, que de la historia económica, de nuestras series y curvas, se podían obtener honores..., y hasta se podía vivir del oficio.

Pero estamos aquí para recordar a Ángel y su obra, y no a “nosotros dos”, a “los segovianos”, como pronto empezaron a nombrarnos en el departamento. La gran obra de Ángel se configuró, obviamente, en torno a su tesis doctoral (*Desarrollo y crisis del Antiguo Régimen en Castilla la Vieja. Economía y sociedad en tierras de Segovia, 1500-1814*), que leyó en 1973 y publicó en 1977; y que constituyó, como ya lo presentía Gonzalo Anes en el prólogo, un hito en los estudios provinciales o regionales de historia agraria del Antiguo Régimen español. Allí emergían ya, aunque fuera de forma embrionaria, algunos de los grandes temas que iba a desarrollar Ángel en su futura investigación: el estudio de las relaciones entre la producción agraria y las tendencias demográficas locales; la historia industrial de la ciudad (o de la protoindustria de otros núcleos de la provincia); la historia de la ganadería ovina –de la Mesta–, y de la lana como materia prima de la famosa industria textil segoviana, la gran investigación que le ha ocupado en estos últimos años, de la que ha dejado una gran cantidad de material, bien clasificado, como era su costumbre, y semielaborado, aunque se trate de un ambicioso proyecto que ha quedado sin cerrar; esperamos que alguno de sus discípulos se encargará de concluirlo o proseguirlo. El resto de la obra de Ángel es de una enorme dimensión. No se trata aquí de citar, ni de resumir siquiera una mínima parte de la misma. Pasaré por alto sus importantes trabajos sobre la Mesta, sobre la producción agraria castellana, sobre la producción fabril y la población de la ciudad de Segovia, y otras muchas tan presentes para todos o muchos de nosotros. Sólo me detendré en señalar cinco o seis publicaciones, alguna muy conocida, otras mucho menos,

obras “menores” se podrían denominar, creo yo, pero que a mí me parecen significativas por distintas razones.

Una de estas es su colaboración en la obra sobre **Fuentelcésped**, su pueblo natal, uno de los núcleos importantes de producción vitícola de La Ribera, muy próximo a Aranda de Duero, donde por cierto reposan hoy sus cenizas, esparcidas a la vista de los viñedos, entre ellos y la ermita de la Nava, uno de los parajes más hermosos de toda la comarca. El libro en cuestión, una hermosa obra, de 1998, patrocinada por un acomodado hijo de la localidad (cuya primera autora es María José Zaparain Yáñez), estudia sobre todo las riquezas artísticas –el patrimonio arquitectónico– de la villa, pero se abre con una importante “Introducción histórica” de Ángel (pp. 17-52) que es un prototipo perfecto de monografía de historia económica local, y que contiene importantes series de los bautismos y difuntos anuales en la localidad, del siglo XVI al XX, del producto decimal en especie y en valor monetario, de los cereales y del mosto (1710-1830), de sus precios y de sus ventas –la producción y las ventas del vino, ya famoso por entonces, estuvieron siempre muy por encima de los de la producción de cereal. Tema éste, el de la producción vitícola de su comarca de origen, la Ribera del Duero, muy querido por él y al que dedicó artículos de prensa, como uno sobre las estrategias ideadas por alguna de sus bodegas más conocidas en defensa de la invasión de la filoxera; y que dejó resumido en otros lugares, como en su trabajo sobre “**El vino de La Ribera del Duero: síntesis histórica (siglos XVI-XXI)**” [en *Revista de Jerez*, 14-15 (2008-09), pp. 91-105]. Otra obra suya que recordaré es por el contrario muy conocida y utilizada por muchos de nosotros: se trata de su Introducción al volumen I de la *Historia agraria de la España contemporánea*, editada por él y por Ramón Garrabou, sobre la “**Crisis de la agricultura tradicional y Revolución Liberal**” (Ed. Crítica, Barcelona, 1985: pp. 7-99). Se trata, a mi juicio, de uno de los textos más completos y brillantes que pueden encontrarse sobre el proceso de cambios institucionales en la agricultura española que conforman el conjunto de reformas liberales de la primera mitad del siglo XIX. Lo cito porque representa a la perfección el carácter riguroso, ordenado y transparente de la exposición escrita del autor, y es una buena muestra de lo que llegaba a hacer nuestro amigo Ángel en sus buenos momentos, que fueron la mayoría, incluso cuando los reveses de su salud le empezaron a ocasionar mellas crónicas en su quehacer intelectual. No hacen falta en esas largas páginas (casi un centenar) construcciones estadísticas sofisticadas o apoyos técnicos de ningún tipo, porque el rigor cartesiano de la escritura, la precisión de los términos y de los argumentos históricos, jurídicos y económicos son suficientes por sí solos, como lo eran en los clásicos.

Quiero también recordar la importancia de un pequeño trabajo suyo que tiene que ver con la manufactura textil segoviana de los Tiempos Modernos ("**El acueducto de Segovia y la industria textil pañera en el siglo XVI**", Salamanca, 2006), y que sólo por los detalles que revelaba sobre el uso industrial del acueducto como río artificial que cruzaba la ciudad (del que se descolgaban las cañerías y conductos que surtían de agua a los obrajes de los paños –las “mercedes del agua” para los tintes- situados al lado y a todo lo largo de la gran arcada), sólo por esa rica información, merecería figurar entre las grandes aportaciones a la historia industrial y urbanística de la ciudad. Otra importante contribución de Ángel a la historia de “su” ciudad y provincia adoptivas, en este caso puesta al servicio de una noble causa política, fue la que le llevó a publicar en 1982, junto con otro ilustre segoviano, Juan Muñoz (compañero del departamento de Estructura Económica de la facultad de Somosaguas), una serie de ensayos de contenido histórico y económico (***Manipulación y falseamiento de la historia de Segovia y de Castilla***), donde se denunciaban los errores y falsos argumentos exhibidos por una serie de historiadores y políticos locales en defensa de las aspiraciones a la autonomía uniprovincial segoviana, desligada del resto de la región castellano-leonesa, durante el proceso preautonómico entre mayo del 79 y el verano de 1982. Trabajos todos estos, de temas y dimensiones supuestamente “menores” en el conjunto de su obra, pero a los que dedicaba mucho tiempo e ilusión, tratando, como hacía tantas veces, de conectar la visión del pasado más remoto con los últimos datos de los tiempos recientes. No tardó tanto en redactar otro trabajo, un encargo institucional en este caso, que ha resultado ser uno de sus textos más citados, por colegas ya veteranos y por los más jóvenes entre nosotros; lleva por título "**Jornales agrícolas y presupuesto familiar campesino en España a mediados del siglo XIX**", y lo publicó este centro en el que ahora nos hallamos, el CUNEF (*Anales del CUNEF*, 1980, pp. 51-71), aunque todavía no estaba ubicado en este lugar, de cuyo cuadro de profesores Ángel formaba parte entonces, como también Gonzalo Anes, y luego Manuel Jesús González y yo mismo, durante muchos años.

Este premio a la excelencia académica que hoy le concede la Asociación pienso que no se justifica sólo por la extensión y la calidad de su obra escrita y de su investigación, sino también por el gran valor de su magisterio oral, sus excepcionales cualidades docentes. Me lleva esto a resumir las que yo creo que fueron las principales características de la personalidad de Ángel como historiador. Destacaría su constante laboriosidad, fundada en una increíble capacidad de trabajo; el rigor y la exhaustividad que perseguía en su investigación y en su docencia; la claridad y el orden sistemático de sus exposiciones orales o escritas, que las hacía tan diáfanos y por ello tan engañosamente fáciles. No podemos calificarle como intelectual teórico, especulativo, sino como un positivista metodológico, empirista, si eso es compatible, que en él lo era, con sus planteamientos y su ideología de

izquierdas. Le era muy familiar la lectura y reflexión abstracta y naturalmente partía de unos fundamentos conceptuales marxistas, a los que nunca renunció. Pero no sentía ya la necesidad y menos la obligación de explicarlos ni de defenderlos, y en su labor investigadora le importaba ante todo la documentación de los hechos y el rigor en su exposición. Nunca le vi, excepto en algún breve periodo de su etapa juvenil, perder mucho tiempo en elucubraciones teóricas. Pero sí le recuerdo hablando durante horas con los últimos trashumantes de las tierras segovianas o sorianas, o aclarando con Máximo, el pastor de La Revilla, el peso del vellón en sucio, el destino de los ‘aninos’ o el número de cabezas que cada uno de esos conductores de rebaños ajenos podía llevar de ‘excusa’ a la invernada extremeña.

Destacaba siempre la sinceridad de sus planteamientos y afirmaciones, expuestas muy frecuentemente, y sobre todo en sus últimos tiempos, con su tradicional vehemencia, con la contundencia de sentencias jupiterinas –como ha recordado hace poco en la prensa uno de sus discípulos locales. Esto último se ha confundido muchas veces con acritud o con un supuesto carácter iracundo o malhumorado; y eso le acarreó problemas, enemistades, distancias con personas de su entorno más directo. No se ha querido ver, sin embargo, que esto no era así. Ángel era una persona amable, bondadosa, directa y sin recovecos –en cierto sentido casi infantil. Era dialogante, amante del debate y del buen argumento, aunque no lo compartiera. Pero era de convicciones asentadas, e implacable con lo que creía injusto o simplemente inviable o superfluo. Y tendía, en ocasiones menos académicas o más informales, al juicio rotundo y apasionado, a un histrionismo las más de las veces jovial y hasta didáctico... Pero además, estos rasgos de su carácter se acentuaron con motivo de la enfermedad que le acosó durante casi tres décadas, muy seria; no ésta que le ha derribado salvajemente, sino la otra, de la que venía siendo tratado desde un principio y en cuyas fases de euforia artificial se agudizaban esos gestos o esas notas de su carácter, lo que creaba confusión y hasta enemistad por parte de algunos, y sufrimiento para Ángel, su familia y sus verdaderos amigos, que a pesar de todo siempre seguimos siendo muchos más.

Hemos perdido en lo que va de año, en poco más de tres meses, a dos grandes historiadores del Antiguo Régimen: a Ángel García Sanz y a su maestro, que fue también el mío, Gonzalo Anes. Dos pérdidas fulminantes, dolorosísimas, que han llevado el vacío de su ausencia a muchos miembros de esta profesión, súbitamente desamparados de su autoridad moral y científica. Nos debe quedar, sin embargo, el consuelo de saber que ya estarán los dos en el Olimpo, allí donde se encuentre ese paraíso de los sabios y los justos; que no sé dónde está.., o sí lo sé: está con seguridad en el corazón y en la memoria de todos los que les apreciamos y aprendimos tanto de ellos. Allí estarán los dos, discutiendo sobre la crisis del siglo XVII, sobre los privilegios de la Mesta, sobre si conocían o ignoraban los problemas prácticos de la agricultura

aquellos ilustrados a los que tanto leyeron y glosaron los dos. Y estarán de acuerdo, y en desacuerdo, sobre estos y otros muchos temas. Y nosotros sabemos, porque nos lo explicaron muy bien ambos, las razones y los argumentos de cada uno. Y esa es la historia, la suya, y la historia con mayúsculas, el objeto de nuestra profesión, la que hacen los que nos preceden y que nosotros heredamos y rehacemos continuamente.

Laudatio leída por Vicente Pérez Moreda en la ceremonia de la entrega de los premios de la AEHE en honor a Ángel García Sanz, premio a la Trayectoria académica.

CUNEF, Madrid, 5 de septiembre de 2014.